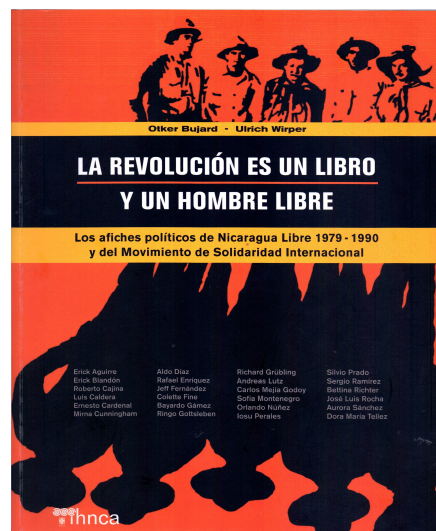


Memorias de la Revolución

El libro de los afiches: una caja de truenos

Sofía Montenegro



La revolución es un libro y un hombre libre. Los afiches políticos de Nicaragua libre y del movimiento de solidaridad internacional (1979-1990), que por economía y por su singularidad para nuestro país, llamaré simplemente el libro de los afiches, es un extraordinario regalo y aporte que nos hace la solidaridad alemana a la memoria colectiva sobre la revolución de 1979, pero también a la memoria individual de cada uno de los participantes en este proceso histórico.

La palabra afiche viene del francés y significa “lo que uno fija”. Se trata de una forma y arte de comunicación descartable, donde se combina la solución a tres problemas, óptica, grafía y poética, con el fin de transmitir de manera sintética una serie de ideas. *El libro de los afiches* recoge una muestra amplia e inestimable del cartelismo político puesto al servicio de una causa: la revolución sandinista. Como buena parte de toda la propaganda de tradición socialista, los afiches están destinados a fijar la agenda, con una función educativa y movilizadora.

En el caso de Nicaragua, el analfabetismo, la diversidad cultural y las dificultades de comunicación geográfica o mediada, hicieron del afiche un instrumento ideal para promover el cambio de conciencia y el cumplimiento de los grandes objetivos de la revolución. Sobre su función nos ilustra el diseñador gráfico Jeff Fernández que afirma que “cuando el afiche no te moviliza, el afiche no te sirve (...) cuando a la población no se le pega el slogan de un afiche, no te lo repite, el afiche no sirve”.

Erick Blandón se encarga en este libro de hacernos un pormenorizado recuento de lo que fue la propaganda gráfica del FSLN en los 80 realizado por el Departamento de Propaganda y Educación Política (DEPEP) así como de aquellos artistas gráficos nacionales y extranjeros que tuvieron a la revolución como inspiración de su obra. Con la revolución el afiche penetró tanto en la Nicaragua profunda, que entró hasta en comunidades donde ni siquiera llegaba el azúcar.

Como dice el editor Otker Bujard, estos afiches son importantes documentos contemporáneos que ilustran el despertar político-cultural, el desarrollo de los medios de comunicación y las artes gráficas ocurridos durante la década revolucionaria así como los múltiples procesos de cambio ocurridos en el país. Son, según la feliz expresión de Sergio Ramírez, “ventanas para asomarse a una revolución”, misma que antes que un hecho político, social, cultural o bélico, sería ante todo un fenómeno del espíritu. Y puede ser que tenga toda la razón, porque al repasar estas láminas y los textos escritos por protagonistas de ese proceso a la distancia de dos décadas, una siente que el espíritu se sobrecoge, se asombra, se ríe, se entristece o francamente llora. Es como abrir la “caja de los truenos” de la memoria biográfica y la identidad compartida con tantos otros actores de esa época.

Viendo el afiche de la ATC que dice “Todos a cortar café. ¿Verde? NO. ¿Sobado?, NO. Sólo el maduro”, se viene de golpe el recuerdo de la fatiga, el ardor en las manos y aquél sordo miedo que yo en particular le tenía a las serpientes en los cafetales. O aquél donde aparece una hermosa mota de algodón con la leyenda “Demos todos en el blanco cortando limpio para alcanzar la meta” que de sólo de verlo nos provoca sed al recordar las pepenas y hasta las urgencias de la chistata.

Al pasar las páginas del libro de los afiches, uno siente casi literalmente como la memoria se rebobina y que comienza un “replay” mental: imágenes, voces, olores y sentimientos en un enorme tropel. La intensidad de la época y de lo vivido, se constata ante la diversidad de la producción de los carteles: están los afiches de las instituciones del Estado y aquellos de las organizaciones de masas, los de los cristianos, las mujeres y los indígenas, así como los de niños, los de la solidaridad y los de campaña que llaman a parar la guerra contra Nicaragua.

Uno no puede evitar hacer asociaciones con lugares, personas y eventos ni evitar estremecerse leyendo los textos que ponen en evidencia la enorme energía desatada por la gente para cambiar las cosas, para transformar la vida en todos sus sentidos y cómo, este enorme torbellino organizacional y movilizador fue desnaturalizándose al someterse las agendas e intereses específicos de la gente, a las exigencias de la defensa y la producción y a los manejos de la conducción política. El texto de Silvio Prado ofrece un retrato fiel y una explicación clara de lo que fue este proceso, que también queda registrado en aquellos afiches que transmiten voces de orden, con lemas tales como “¡Defensa y producción, una sola trinchera”, ilustrado con un tanque y un tractor o el de “La patria esta siendo agredida, los patriotas se levantan para defenderla”, que nos convocaba a todos a dejar lo que estábamos haciendo y a olvidarse de uno mismo para ir a combatir.

El afiche que le dice “bienvenido a la patria de Sandino” al Papa Juan Pablo II, nos hace revivir aquel insólito día de marzo de 1983, cuando el Papa regañó a Ernesto Cardenal, que nos brinda una extraordinaria crónica sobre los hechos. Yo estaba en la plaza el día

de la misa campal repartiendo el diario Barricada que tenía también un afiche alusivo al Papa y compartí aquel momento de silencio y de estupor de las 700 mil almas ahí reunidas cuando el Papa polaco “botó” el solideo de seda blanco y mandó a callarnos a gritos. La gente tenía rostros de incredulidad ante la manifestación de ira del enviado de Dios, pero después, un hondo rumor se levantó desde la parte trasera de la plaza y uno pudo sentir como una marejada la respuesta indignada que se precipitaba de manera ensordecedora contra el podio, gritando ¡queremos la paz! Estaba oscuro ya cuando la gente salió de la plaza arrastrando un aura de desilusión y tristeza. Yo me quedé convencida también que ese día el Papa había forjado más protestantes en Nicaragua, que el propio Martín Lutero. Fue la primera vez que Daniel Ortega se comportó como un estadista, al despedir al Papa. La segunda y última fue cuando aceptó la derrota electoral en el 90.

La enorme valla de la “Costa Atlántica... un gigante que despierta” me trae a la memoria el comentario airado de una costeña que al verlo, brazos en jarra exclamó: “¿Y quién les ha dicho a ustedes que nosotros estamos dormidos?” Entre los múltiples desaguisados de la revolución está el conflicto militar con los miskitos, que llevó a la destrucción y reubicación de las comunidades indígenas del Río Coco. De esa época son los afiches en su lengua que reflejan las mismas prioridades del gobierno central. El tema de la Autonomía, vital para los costeños, casi no aparece, sino hasta después de 1987 cuando se promulgó el Estatuto y se habían firmado unos 400 acuerdos de paz como nos recuerda Myrna Cunningham.

Como periodista, tuve la tarea de escribir una serie de reportajes y crónicas para Barricada y hacer comprensible en el Pacífico el significado de la autonomía -idea proscrita en un partido de ordeno y mando como el Frente- pero que sin embargo desbordó las fronteras étnicas y fue asumida con mucha convicción y beligerancia por el movimiento de mujeres, que desde este lado del territorio pugnaba por desasirse de la tutela y el control partidario. Mi texto en este libro narra este proceso, donde los afiches dejan en evidencia una visión tradicional de las mujeres principalmente como madres y garantes de la vida de los hijos o como “compañeras de la revolución”. Algo así como las esposas subordinadas al marido-partido, pero que a punta de presión y de lucha, éstas van imponiendo una agenda feminista que se refleja en algunos carteles.

El libro de los afiches es para Nicaragua una ganancia por partida doble, no sólo porque compila las memorias de la revolución a través de los carteles, sino porque nos devuelve el recuento de la historia vivida en distintos ámbitos, por forjadores de sus políticas públicas o por protagonistas directos, entre los cuales también están Dora María Tellez, sobre salud, Orlando Núñez, sobre la reforma agraria, Aurora Sánchez, sobre los niños, Roberto Cajina, sobre el ejército, Aldo Díaz sobre Sandino y Carlos Fonseca, Luis Caldera, sobre el internacionalismo sandinista y Iosu Perales, sobre el “ejército chele” de las brigadas. Debo confesar que el más me conmovió es el relato de José Luis Rocha, sobre la Cruzada Nacional de Alfabetización, porque como

efectivamente tituló, se trata de una memoria apasionada en tiempos de cólera y desaliento. José Luis nos devuelve en esta épica todo el torrente de energía y convicción de la multitud de muchachos comprometidos que se sumergieron en la realidad del país y vivieron una epifanía colectiva, en una verdadera fiesta de las luces que los marcaría para siempre.

En el texto de Erick Aguirre, “Un país lleno de fantasmas” los afiches de los caídos antes del triunfo de la revolución nos miran e interpelan desde sus fotos de carnet; tanto como los innumerables afiches de Sandino y Carlos Fonseca. Erick nos habla de esa presencia intangible y permanente que tienen los muertos en Nicaragua: “sin que apenas nos demos cuenta nos tocan y se alejan, nos reconocen aunque intentemos olvidarlos, deshacerlos, abandonarlos en los oscuros rincones de un pasado glorioso”. Pero es obvio que también están los fantasmas de todos aquellos que cayeron posteriormente en ambos bandos durante la guerra, razón por la cual cada quien en Nicaragua tiene sus fantasmas particulares que aún no pierden esa mala costumbre de acecharnos en las esquinas del presente.

El libro de los afiches muestra que hay una estrecha relación entre cultura, identidad y memoria, siendo esta la representación socialmente compartida de un pasado, que sería a su vez la fuente de la identidad. Recoge una forma “objetivada” en la cultura pública de los carteles y al mismo tiempo “interiorizada”, que son las experiencias comunes, los sentimientos y los recuerdos manifestados por los distintos autores provenientes de esa “comunidad imaginada” llamada sandinismo, que existió como una identidad colectiva durante esa breve e intensa época revolucionaria, porque compartió fines, medios y campo de acción.

Estimo que este libro es una “caja de truenos” porque al igual que Eolo, rey de los vientos, los alemanes nos la han regalado para que como Ulises los vientos favorables de la memoria nos permitan encontrar el regreso a Ítaca. Pero es de esperar, que al igual que los acompañantes de Ulises, al abrirla por curiosidad o antagonismo, se desate una tremenda tempestad. Una tempestad, aclaro, que me parece necesaria, pues este libro va contra la falsificación actual de la memoria y la expropiación del esfuerzo y la energía de todo un pueblo por quienes usurpan y malversan el legado de la revolución y de Sandino.

Pero también porque habrá reclamos en cuanto a que sólo constituye la mitad de la memoria y que hace falta encarar la parte traumática de la época, la memoria de la guerra. Hace falta la memoria y la historia de los “otros”, de los que fueron reprimidos y excluidos, de los desaparecidos, de los que se vieron forzados al exilio, de los que cayeron combatiendo del otro lado. No para hacer ejercicios de pasadas de cuentas, catarsis o nostalgia, si no por reconocimiento pleno del pasado y respeto a nosotros mismos, por voluntad de responsabilidad y verdad ante las generaciones que nos

siguen y para que los fantasmas no nos sigan reprochando nuestra estupidez y nuestro olvido.

Un olvido que, a diferencia de la amnesia que es una enfermedad de la memoria, es el “no recuerdo” que proviene de la voluntad. De las tres formas de olvido (por interferencia, por desuso y motivado) me atrevo a afirmar que el nuestro es motivado: un olvido sicoanalítico donde los recuerdos se guardan en un plano no accesible de modo consciente, debido a que producen malestar, dolor o angustia. Las láminas confrontan entonces el olvido voluntario, personal, familiar, generacional y político dentro de los que fueron testigos de los hechos y que a la vez interroga a las generaciones posteriores.

Hoy que el legado de la revolución ha sido pervertido, mientras el poder sustituye la comunicación pública por el secretismo y el cartel educativo ha sido suplantado por la gigantografía del caudillo, cuando la voluntad dictatorial usurpa de nuevo la voluntad popular; cuando los mensajes públicos son uniformados por el rosa chicha oficial, la grafía courier y la poética kitsch vacía de autenticidad, el libro de las afiches nos da la oportunidad de recuperar una parte de la memoria, nos conduce a revisar el pasado y a repensar el presente. Muchas gracias a los amigos alemanes, por estos vientos.

Presentación en el debate Memorias de la Revolución, realizado en el Salón de los Cristales en el Teatro Rubén Darío, convocado por el Instituto de Historia de Nicaragua en el marco de la conmemoración del 50 aniversario de la Embajada Alemana en Nicaragua. Managua, 17 de marzo, 2010.